

El Mundo de la Sociología

Luis Fuentealba

Suele afirmarse con justa razón que la ciencia no es más que una forma de hacer inteligible el mundo. Es un hacer que exige la construcción de un sistema racional que además de describir los fenómenos, los explique. Sobre la base de conceptos, hipótesis, leyes y teorías, expresados por símbolos, cuya precisión se garantiza por la definición, se estructura un todo organizado. La validez de sus asertos, descubrimientos o conclusiones descansa en la correcta aplicación de los métodos y de las técnicas metodológicas.

Probablemente en los albores de su aventura por conocer, el hombre concibió el ideal de aprehender en un cuadro único y totalizador el mundo polifacético de la realidad, de manera que, además de explicarlo, le sirviese de punto de partida para la predicción de cualquier fenómeno. Prontamente el contacto con los hechos le mostró que un empeño tan ambicioso no pasaba de ser un sueño irrealizable. Se volvió más modesto. Circunscribió el campo de sus estudios y afanes a sectores más reducidos en los que pudiese concentrar su esfuerzo para alcanzar el conocimiento. Guiado por su espíritu analítico inició la búsqueda de los elementos, de lo básico, adentrándose cada vez más en las profundidades del área, objeto de sus investigaciones. Paralelamente fue descubriendo las regularidades más frecuentes, primero, y las relaciones constantes más generales entre los fenómenos, después. Con relativa tardanza comenzó a crear las fórmulas generales capaces de explicar dichas relaciones —suele llamárselas leyes— y que, además, permitiesen derivar nuevas proposiciones explicativas. Con el transcurso del tiempo su interés por el saber lo llevó a extender sus conocimientos a otros sectores, originando así el desarrollo de las diversas ciencias particulares.

En épocas recientes, en la medida en que lograron servirse del método científico, aparecen las ciencias, cuyo propósito es el estudio del hombre. Tal vez la particularidad de que los órganos sensoriales del ser

humano sólo pueden ponerlo en contacto con aquello que lo rodea, sin poseer en compensación ninguna estructura para percibirse a sí mismo como un todo; acaso el hecho que los fenómenos físicos le afecten o impresionen más intensamente que los que nacen desde el fondo de su propia realidad, o quizás el olvido, producto del acostumbramiento, de lo personal que es cotidiano y constante; sea lo uno, lo otro o todo de consuno, lo cierto es que el descubrimiento de ese su mundo propio y la necesidad de examinarlo ocurrió cuando la mayoría de las ciencias fácticas habían recorrido ya un largo camino. Evidentemente hubo numerosas reflexiones en torno a temas relacionados con la naturaleza psíquica y social del hombre, tanto por parte de los pensadores de la antigüedad clásica como de las épocas posteriores. Mas ellas se apoyaron y se insertaron en posiciones filosóficas, careciendo, por consiguiente, de la validez y la confiabilidad avaladas por la prueba o por la verificación realizada mediante procedimientos, cuyas bases se asientan en el razonamiento lógico y en los modelos matemáticos.

La sociología surgió como ciencia en el momento en el cual logró aplicar el método científico al estudio de las interrelaciones en tanto éstas forman grupos y dan origen a fenómenos específicos. Encara, pues, la ciencia de la sociedad, un sector particular y privativo de la realidad humana. Es aquel que se perfila como la actividad del hombre en cuanto éste la orienta basándose en las respuestas de los demás expresadas en gestos, actitudes o conductas, en tanto todo ocurra en un marco amplio de referencias que es siempre una sociedad.

Hasta ese momento los fenómenos propios de la vida en sociedad, no obstante haberse percibido, no habían aflorado como un campo de investigación. Ahora se comenzó a ver con claridad que la explicación de muchos de los fenómenos del hombre, y especialmente la conducta, no podía prescindir de sus relaciones con los factores sociales. Se había tomado conciencia que era menester examinar los fenómenos que se dan en la sociedad y descubrir cómo éstos influyen en el quehacer humano.

Al afirmar que la sociología inicia tardíamente su caminar como ciencia no se desconoce que antes del siglo XIX hubo intentos serios de dar solución a algunos de los problemas que plantea la vida en sociedad. Pensadores como San Agustín, Th. Hobbes y J. Locke, no sólo habían demostrado su interés por conocer el origen y el desarrollo social, sino que habían ideado planes para una mejor organización de la sociedad. Sus puntos de vista, sin embargo, carecieron de objetividad. O se basaban en concepciones religiosas o filosóficas, o se generaban en posiciones político-pragmáticas, cuya finalidad era transformar y perfec-

cionar la sociedad. En ningún caso sus lucubraciones se sustentaron en el estudio sistemático y crítico de los hechos.

La marcha del pensamiento sociológico ha sido zigzagueante. Sometido al influjo de diversas variables no muestra un desarrollo progresivo y uniforme. A veces se ve afectado por los problemas que preocuparon a los filósofos; otras se advierte el efecto que ejerce el momento histórico contingente sobre el pensador, quien no logra zafarse de la presión del sistema social en el cual se encuentra inserto. Hubo ocasiones en que se concibió una gran teoría de la sociedad para posteriormente buscar los datos que pudiesen apoyarla.

A fines del siglo XIX, con Durkheim, el pensamiento sociológico va a emprender su marcha como ciencia. Esto no significa que haya llegado a superar las luchas académicas de escuelas de diferente orientación teórica. Tampoco ha logrado precisar numerosos conceptos claves, cuya univocidad sería de desear para que todos los estudiosos de la sociología hablasen el mismo lenguaje cuando se refieren al mundo de lo social.

* * *

Para formarse una imagen de lo que es el saber sociológico en su estado actual se ofrecen diversos caminos. Cualesquiera de ellos servirá para adentrarse en el desconocido mundo de la sociología y llegar por el contacto directo con su hacer a comprender su objeto y los procedimientos que emplea para conocerlo. Al elegir uno se destacarán ciertos hechos, cosa que significará remitir indudablemente otros a un segundo plano y aun es posible que haya algunos que ni siquiera aparezcan.

En esta oportunidad se concentrará la atención en el examen que la sociología hace de la conducta humana y en los resultados obtenidos. Se ha estimado que al seguir esta vía se facilitan las posibilidades de incursionar en varios sectores importantes estudiados por la sociología.

Lo primero que destaca la sociología es el hecho de que siempre las actuaciones de los hombres se producen dentro de algún grupo o, en todo caso, que sean influidas por ellos. Los grupos —llámense asociaciones, vecindades, comunidades o familias— son partes integrantes de un todo que constituye un sistema amplio al que se denomina sociedad. En cierto modo este sistema amplio envuelve a las partes y, por ende, a las personas imponiéndoles ciertos patrones. Una relativa homogeneidad confirma la dependencia sutil, pero no menos decidora, de dichos moldes sociales. Se traduce en una cierta uniformidad de hechos tales como formas de expresarse, saludar, vestir, conducir los automóviles o de relacionarse con los demás. Pareciera que estuviesen dejándose guiar —acaso incons-

cientemente— por las ordenanzas establecidas en un código especial. Y efectivamente es así. El código existe. Los patrones o modelos sociales son la manifestación de un conjunto más o menos coherente de usos, costumbres, tradiciones y leyes que dirigen la conducta. Este aparato normativo, sumado a otros elementos, se conoce con el nombre de cultura.

Los conceptos de sociedad y de cultura constituyen seguramente una de las contribuciones más importantes, y acaso más útiles, desarrolladas por la sociología para entender y explicar no pocas de las actividades humanas. Ambos han jugado un papel preponderante en su evolución.

Aun cuando el término sociedad es ambiguo, por cuanto ha sido empleado indistintamente para aplicarlo a los más diversos tipos de grupos, poco a poco ha ido precisando su significado, de manera que hoy ha sido aceptado en el vocabulario sociológico. Los sociólogos se sirven de él para designar a un vasto conglomerado humano conjuntamente con los procesos que en él se producen. Constituye una unidad que abarca una multitud de personas de las más diversas condiciones. Sus características pueden resumirse en: ocupar un territorio más o menos definido; ser relativamente independiente; autoperpetuarse y estar animada e impregnada por una cultura.

En el seno de la sociedad se establecen las más variadas relaciones entre los individuos, generando una multiplicidad de procesos que, a su vez, pueden originar grupos, asociaciones e instituciones. El número e importancia de éstos se encuentra en constante modificación, su encaje e integración al sistema nunca es cabal.

Cada hombre se integra a su sociedad a través de los grupos en los cuales actúa durante el transcurso de su vida. Es miembro de una familia, de un club deportivo, de un grupo de amigos, de una empresa comercial, de un colegio profesional, de una junta de vecinos o de un credo religioso. Mientras mayor sea el número de grupos que integra y más importantes sean éstos, mayor será su representatividad social. Un grupo es una unidad de dos o más personas en la cual el sujeto se siente incorporado en la medida en que sus relaciones con los demás lo encaminan hacia fines que comparte y que le mueven a coordinar su acción con los demás.

Un efecto interesante de las interrelaciones, en concomitancia con diversos elementos sociales, es producir diferenciaciones notorias en la posición social que ocupa la gente. Si se hiciera un corte vertical en la sociedad se distinguirían varias capas formadas por personas que poseen y expresan una relativa homogeneidad en lo que respecta a reconocimiento, privilegios, nivel educacional y poder, factores estos últimos que determinan la posición social.

Con relación al tiempo las sociedades cambian. Ninguna sociedad, particularmente las industriales, son sistemas estáticos. Con mayor o menor rapidez se presentan cambios en su estructura, en sus modelos conductuales y en sus normas en general. Este fenómeno ocurre a pesar de que en la sociedad actúan diversos procesos que tienden a mantenerla sujeta a los cánones establecidos.

La cultura no puede separarse sino artificialmente de la sociedad. Mirada desde el punto de vista sociológico es, a la vez, un producto del hacer social y de la fuerza generadora y orientadora que anima a la sociedad. Definirla es aún una tarea por realizarse. A pesar de los esfuerzos de estudiosos como Tylor, Kroeber o Sorokin, no se ha logrado la determinación precisa y concluyente de este término. No obstante, su valor para las ciencias sociales es innegable, particularmente para explicar e interpretar la actividad humana. Tal como se le emplea en la sociología es una abstracción que se aplica a un conjunto de elementos. Es un agregado compuesto por normas que regulan la conducta; contenidos y representaciones relativos a lo que es y debe ser la realidad, y por las diversas expresiones y manifestaciones originadas por la actividad social; y tiene, además, la característica de ser compartido y transmitido por los miembros de la sociedad. Puede afirmarse, por lo tanto, que es una unidad que, junto con singularizar a una sociedad, le confiere vida propia.

Quando se examina la cultura de una sociedad se descubre un problema que, hasta aquí, no ha encontrado una respuesta aceptable. Si la cultura caracteriza a una sociedad constituyendo una unidad, ¿cómo conciliar esta unidad con no pocas incongruencias y discrepancias, muchas de ellas apreciables, que se encuentran dentro de una misma sociedad y que se conocen como subculturas, por ejemplo, la criminal, la de la pobreza o de las profesiones?

La cultura es obra de la convivencia, de las interrelaciones de los hombres en los grupos, dentro de las fronteras que marca la sociedad. En un largo proceso acumulativo van desarrollando diversas formas características de pensar, de enfrentarse con la naturaleza y de vencer las dificultades. Al no disponer de los instintos que pudiesen llevarlos a satisfacer sus necesidades, se vieron constreñidos a elaborar las pautas que les permitiesen adaptar o transformar el mundo para poder subsistir. Diversos rasgos del hombre hicieron posible su dominio y predominio sobre la naturaleza. La posición erecta, el uso diversificado de sus manos, el desarrollo de su cerebro, la capacidad de comunicarse a través del lenguaje, su largo período de infancia, son algunos de los factores que lo facultaron para manipular los objetos, relacionarse con los demás y transmitir los conocimientos adquiridos. La necesaria interdependencia

de la gente para poder defender y protegerse de los peligros y efectuar los trabajos difíciles capaces de asegurar su subsistencia concurren para el desarrollo de la vida en comunidad.

La convivencia e interrelaciones propias de la vida en comunidad originan la forma de las normas que regulan la conducta, los conocimientos prácticos y teóricos, los modelos por los cuales se guían las distintas actividades, las escalas de valores sobre las que decantan las metas a las cuales puede y debe aspirar el hombre. El bagaje cultural que así se forma posee la particularidad de ir moldeando la sociedad a medida que va siendo originada en una acción refleja y paralela.

La cultura se transmite de una a otra generación. Esta transferencia se conoce con el nombre de herencia social para distinguirla de la herencia genética. La recibe todo aquel que, de una u otra manera, ingresa a una sociedad determinada. Por diversos medios se le presiona para compartir las valoraciones y para guiar su conducta según los usos y costumbres reinantes. Esta presión revela el propósito de la sociedad de preservar su cultura. Varios son los procedimientos o mecanismos empleados para incorporar a las personas al mundo cultural. El más importante es la socialización.

La socialización, que fue descubierta y estudiada en forma independiente por Durkheim, Freud, Cooley y G. Mead, es el proceso por el cual el hombre llega a ser hombre al convertirse en un ser social. Implica aprender, internalizar normas, valores y otros elementos de la cultura, de manera que su conducta sea concordante con ellos. Durante el proceso de socialización el sujeto plasma y conserva su personalidad. No se transforma en una parte más de una máquina social, ni se convierte en un robot. La sociedad pone a su disposición una serie de recursos, merced a los cuales está en condiciones de reaccionar subjetivamente ante el ofrecimiento de los elementos culturales. Por otra parte, la socialización, es un proceso interactivo. Junto a la presión ejercida por los grupos para imponer ciertas pautas se hace presente la reacción del sujeto y su influjo tiene repercusiones en quienes le exigen actuar de tal o cual manera. Es el niño que se rebela gritando o llorando cuando le mandan a acostarse o el adulto que critica alguna disposición. En cualquiera de los dos casos es posible observar algún efecto en quien obliga, aunque sólo sea en la forma de presionar. Además, su aprendizaje no es simplemente receptivo, ya que posee la capacidad de seleccionar algunos de los contenidos culturales que la sociedad le ofrece. Esta elección personal significa que al decidir adquirir ciertos elementos de hecho excluye y abandona otras posibilidades. Vale decir que, si bien es cierto que la sociedad lo induce a aprehender los elementos expuestos en un extenso despliegue, no lo es menos que el sujeto dispone de la oportunidad y de

la facilidad de ir integrando a su personalidad aquello que más le interesa y mejor se adapta a su manera de ser.

El proceso de socialización se prolonga durante toda la vida, aun después de la adolescencia y de la madurez. Es posible observarlo en el hombre maduro en aquellos casos en los cuales se ve forzado a incorporarse a grupos donde imperan modalidades muy diferentes a las que conocía. La presión social lo obligará a aprender a actuar y comportarse de acuerdo con las nuevas reglas, mientras sus actitudes deberán acomodarse a la normas aceptadas en el grupo. Este proceso puede ser drástico e incluso alcanzar ribetes dramáticos en la medida que implica adaptación a grupos cuyas normas contravienen las maneras habituales de vivir. Situaciones de este tipo se le presentan a los sujetos que son recluidos en una cárcel, a las personas que cambian de credo religioso o se ven obligadas a ingresar al servicio militar obligatorio.

La socialización le brinda al hombre otras posibilidades significativas. Se subrayará solamente una. En los diversos grupos en los cuales actúa el sujeto, particularmente en la familia, aprende las normas que rigen el funcionamiento de las relaciones sociales. Sobre la base de los modelos aprendidos puede proyectar su conducta hacia el establecimiento de relaciones cuyo mecanismo desconocía. El primer pololeo es un buen ejemplo de cómo el joven encauza su conducta en una situación nueva. De este modo la sociedad y la cultura proporcionan al hombre la posibilidad de ampliar su mundo enriqueciendo su espacio sociocultural.

La sociología, en su examen de la conducta, logró un nuevo avance. Descubrió que, no obstante las raíces biopsicológicas de la conducta, ésta es profundamente afectada y aun sometida a los patrones señalados por la posición social o status que un hombre ocupa en los grupos o en la sociedad. Ciertamente escritores como Calderón de la Barca y Hugo von Hofmannsthal ya habían reparado en la significación que tiene para la conducta del hombre el papel que le ha sido asignado y que le toca representar en el gran teatro de la vida y cómo se le juzgará en virtud del grado de bondad de su representación. Mas fue la sociología la disciplina que mostró cómo el rol (papel) que debe desempeñar el sujeto en la sociedad le obliga a comportarse de acuerdo con las pautas aceptadas como convenientes para el cumplimiento de dicho rol. Del médico, del profesor, del ingeniero o del abogado se espera que actúe y proceda en conformidad a las calidades profesionales que representa.

El nuevo concepto, expresado por el término rol, fue introducido en la sociología para designar a la conducta esperada de la persona que ocupa una determinada posición social. Gracias a este concepto es posible comprender las variaciones que experimenta la conducta humana según sea el tipo de rol que desempeña un sujeto en una u otra situación

social. Sus actitudes y sus respuestas frente a los estímulos sociales tienen que ceñirse a los moldes que caracterizan los deberes y las funciones definidos para el rol. Su personalidad entra, por decirlo así, en un compromiso con el rol, pues, a pesar de conservar las características inherentes a su manera de ser, debe acomodarse de modo de mantener y dirigir la conducta ajustándose al conjunto de formas y modelos acuñados por la sociedad para ese determinado rol. Esta es la razón por la cual el prestigio o reconocimiento de una persona depende primariamente del rol que representa y secundariamente de sus condiciones personales.

Prosiguiendo en sus estudios, los sociólogos descubrieron un nuevo elemento social, cuyo influjo en la conducta no puede dejar de reconocerse. Cualquier hombre que actúa en un grupo, no importa cuál sea éste, pasa a ser en él actor y espectador a la vez. Sus formas de comportarse, el uso que hace del lenguaje y sus actitudes son objeto del juicio de los demás. Pero, a la inversa, de la misma manera él califica y critica las conductas de los otros. Basándose en los gestos, comportamientos o respuestas de las personas que configuran el grupo, un sujeto, no sólo captará lo que él cree que están opinando de él, sino que, en la mayoría de las situaciones, orientará su proceder, su conducta, de acuerdo con su interpretación de las reacciones que provoca. Este proceso que se conoce con el nombre de interacción no implica, en modo alguno, que el sujeto adapte su conducta de manera de avenirse exactamente a la interpretación que hace de las reacciones que percibe. Significa tan sólo un comportarse, cuya orientación toma en cuenta significativamente la respuesta de las otras personas. Es así como no faltan las circunstancias en las que una persona, al no encontrar el eco esperado, opta por una conducta negativa, divergente o aun agresiva.

Otro factor social ligado a la conducta es la *clase* o estrato social en la cual se encuentra situado un hombre. Hasta cierto punto este hecho no ha escapado a la observación vulgar. No es raro escuchar frases como ésta: "fulano no te conviene; no es de tu clase". El concepto clase o, mejor sería decir, estrato, indica la existencia de niveles sociales que reúnen a personas que, por diversas razones, manifiestan cierta homogeneidad. Tal semejanza se expresa en la tendencia de la gente a establecer relaciones sociales que la compromete en un plano más íntimo sólo con personas a las que consideran de su mismo estrato. Amistades, matrimonios o grupos de diversión y entretenimientos, ocurren regularmente entre gente del mismo nivel social.

El examen de las diversas sociedades existentes en el mundo, especialmente de las más desarrolladas, muestra que en todas ellas hay diversificación por clases. Es una división por categorías de prestigio en las que las personas se ubican a sí mismas y a las demás. La sociología

ha investigado este fenómeno y sus resultados los ha reunido bajo el título de *estratificación social*. Tiene como objeto describir y explicar las formas en las cuales la gente distribuye a las personas y a los grupos en capas o estratos, habida consideración de sus privilegios y de su poder. Tal distribución significa establecer dentro de la sociedad un orden jerárquico que, a su vez, determina para quienes ocupan algún estrato específico el grado de prestigio (admiración, respeto, aprobación, estima) del cual gozan. No parece necesario hacer notar que las formas de estratificación, como asimismo los factores sociales que las fijan y caracterizan, varían de una sociedad a otra y, en una misma sociedad, de una a otra época.

Aun cuando sería conveniente no hacer uso del término clase, dados los diferentes significados que cada autor le asigna, como también por las innegables resonancias no científicas a que da lugar, la sociología no ha dejado de emplearlo. Con él suele designarse a una capa social que incluye a familias que ocupan posiciones equivalentes y cuyo prestigio es similar y que, además, tienden a interactuar entre sí. Se habla de familias y no de personas, por cuanto en nuestras sociedades la gente sitúa a todos los miembros de una familia en la misma clase social. Su posición en una clase determinada es fijada corrientemente por la profesión u ocupación del jefe de familia.

La inclusión de una familia en una determinada clase social reviste gran importancia para las personas. Le facilita y agiliza el contacto y las relaciones, particularmente si se trata de gente perteneciente a los estratos medios o altos. El contacto suele allanarse mediante la formación de clubes más o menos exclusivos y por la elección de lugares favoritos para reunirse. Es de suponer que la frecuencia de las relaciones entre diversas personas de una misma clase sea el agente que propende al desarrollo de formas singulares de expresarse; del establecimiento de reglas de etiqueta características; de la preferencia por un cierto tipo de entretenimientos; de vivir de cierta manera y de situar su residencia en determinados sectores de la ciudad. Todo lo cual constituye un estilo de vida particular que, sin embargo, no se sustrae a la impronta cultural de la sociedad.

A la pregunta acerca de cuáles son los factores sociales que influyen en la valoración de las personas en cuanto atañe a su prestigio y que, por ende, las incluye en alguna clase social, es preciso responder que dependen del sistema de valores imperante en la sociedad. La escala de valores es decisiva. Los roles que mejor expresan los valores estimados jerárquicamente más elevados son los más prestigiados. En las sociedades actuales y principalmente en las más industrializadas el factor más importante es la ocupación o profesión. El mayor o menor prestigio de

una ocupación depende de diversas variables tales como el nivel educacional, el poder que representa y los ingresos a los que puede aspirar quien lo vaya a desempeñar.

No parece ahora difícil aceptar que la estratificación es relevante para analizar y explicar la conducta. Ha permitido descubrir que tanto las actitudes como los comportamientos de las personas se encuentran sometidos a la influencia de la clase. Esta influencia se extiende a las aspiraciones, cosa que se advierte claramente cuando se estudian las aspiraciones y pretensiones de la gente para conseguir una ocupación. Muestra también la tendencia de la gente de un mismo estrato social a elegir y adquirir aquello que estiman funcionalmente significativo para el rol que desempeñan. Es así que se preocupan de poseer determinados bienes materiales, matricular a sus hijos en colegios de renombre o disfrutar de sus vacaciones en balnearios de moda.

Aunque no en sus relaciones directas con la conducta, el cambio social fue objeto de la preocupación de los primeros pensadores que reflexionaron en torno a lo social. Sin embargo, debió transcurrir algún tiempo para que la sociología lo enfocara como un complejo proceso social en cuya gestación y desarrollo intervienen numerosos elementos interrelacionados. Este proceso, que se caracteriza por ser un encadenamiento de modificaciones no repetitivas, afecta dentro de un período relativo a la estructura de la sociedad. Cualquier sociedad, primitiva o industrializada, se encuentra en un permanente cambio sociocultural. Pero mientras las sociedades modernas cambian con un ritmo acelerado, las primitivas se modifican muy lentamente.

Entre los cambios que se producen, tal vez el más importante sea el de las valoraciones y particularmente el de las escalas de valores. Sus repercusiones se hacen sentir en toda la sociedad, extendiéndose sus efectos a los roles sociales, al sistema de estratificación y a la interacción social. Esto no quiere decir que las modificaciones de otros elementos de la sociedad no puedan afectar a otros sectores de la sociedad. Para nadie puede pasar desapercibido, por vía de ejemplo, como la industrialización ha producido cambios notorios, entre otros, en el crecimiento de la gran ciudad, en las relaciones entre los sexos o en la mecanización del agro y la consecuente migración campo-ciudad.

La conducta está sujeta al proceso del cambio. El hombre tiene que irse acomodando a las sucesivas modificaciones. Quiéralo o no, consciente o inconscientemente, se verá presionado para aceptar las nuevas valoraciones y a actuar de acuerdo con las normas que las expresan. Tendrá que prepararse para desempeñar los nuevos roles que se van originando y tendrá que aprender las formas adecuadas para poder interactuar con las personas que los desempeñan. En una palabra, su conducta habrá de

amoldarse a las disposiciones, ordenanzas y modelos que la colectividad va estableciendo.

Un difícil y complejo problema ha debido enfrentar la sociología en su análisis de la conducta. Es el que se refiere a la explicación de las conductas desviadas o divergentes. Se trata de conductas que violan gravemente normas que expresan valores éticos, tales como el crimen y la homosexualidad, por ejemplo. El problema puede ser formulado de la siguiente manera: Si la presión social ejercida por la sociedad, a través de múltiples mecanismos, tiende a encauzar la conducta de acuerdo con las normas establecidas y aceptadas, ¿cómo explicar la presencia de personas o de grupos que se apartan de las pautas violándolas seriamente haciéndose acreedores al repudio y a la sanción sociales?

En un comienzo las desviaciones se atribuyeron exclusivamente a factores biológicos. César Lombroso sostenía que la criminalidad se debía a factores biológicos hereditarios. Investigadores posteriores, al comprobar la presencia de anomalías en la composición cromática sexual del varón —específicamente la que se conoce con el nombre de síndrome de Klinefelter— en algunos reclusos de la población criminal, realizaron numerosos estudios para tratar de descubrir la posible influencia de alteraciones biológicas en la conducta criminal. Otros científicos han creído ver en la oposición instinto-sociedad el factor determinante de las conductas desviadas. El caso es que las investigaciones realizadas hasta el momento son incapaces para explicar las conductas desviadas en función de fenómenos biológicos.

Fueron los sociólogos, a partir de Durkheim, quienes llamaron la atención sobre la estrecha relación que hay entre lo social y la desviación. Sostienen, basándose en numerosas observaciones, que la conducta violadora es una consecuencia de la estructura social. Es decir, la sociedad es la que por su peculiar constitución ofrece el campo propicio para que surjan desviaciones. Pero no basta con hacer esta afirmación. Menester es buscar cuáles son y cómo operan los elementos del sistema social que generan la desviación.

Cuando los sociólogos hablan de desviación se refieren tanto a la conducta desviada como al desviado. La razón de esta distinción es evidente. Alguien puede incurrir en una conducta desviada y no ser por eso tildado de desviado. Una persona que beba en exceso en una fiesta no es necesariamente considerada un ebrio. A su vez, un delincuente empedernido no dedica todo su tiempo a actividades delictivas. El interés se ha centralizado en explicar el por qué la gente se desvía de lo esperado y en cuáles son los factores que llevan a calificar a un sujeto como desviado.

Las explicaciones sociológicas se han canalizado en dos grandes direcciones. Una, sostenida por R. Merton y sus seguidores, supone que

la sociedad, sobre la base de la escala de valores, establece las metas dignas de ser alcanzadas y los medios lícitos para conseguirlas. Sobre las personas se ejerce una constante e intensa presión para que sus aspiraciones se encaminen hacia el logro de dichos fines. Sin embargo, los mecanismos socialmente aprobados no se encuentran, por diversas circunstancias, a disposición de todos los integrantes del sistema social. Esto explica que haya individuos que recurran a procedimientos reprobados para la obtención de los fines calificados como valiosos e importantes.

La segunda posición dirige su atención preferentemente hacia el problema del desviado. Sitúa al infractor en el contexto social dentro del cual interactúa. Allí su conducta está expuesta al juicio de las demás personas. Serán éstas las que percibirán la falta y serán también ellas las que la calificarán como asimismo a su autor. Un sujeto no merece el calificativo de drogadicto o de homosexual, sino a partir del instante en que así lo califica la sociedad. Cabe hacer presente, por lo tanto, que en muchas ocasiones la infracción a la norma sólo sea conocida por el infractor, pero no por la sociedad. Como también es posible que ésta no estime que una persona que comete frecuentemente violaciones a una norma merezca el estigma de desviado. ¡Cuántas veces un sujeto que hurta diversas especies no es llamado ladrón, sino cleptómano! Pero también hay casos, acaso patéticos, en los cuales el estigma recae en personas que nunca han cometido la infracción que se les imputa.

Señalan, por otra parte, los representantes de esta corriente, la importancia del aprendizaje social. Técnicas para actuar y para evitar sanciones, nuevos estilos de vida deben ser aprendidos por la persona desviada. Hacen notar, además, que la interacción y la educación en medios respetuosos por los valores y las normas orientarán de preferencia al sujeto hacia el respeto a lo legítimamente establecido. Por el contrario, serán proclives a la desviación quienes se hayan educado en ambientes violadores o aun de simple crítica al orden social.

A estas alturas del examen que se ha venido realizando referente al estudio sociológico de la conducta humana parece oportuno resumir las principales contribuciones de la sociología al respecto. Son: La conducta humana sólo puede entenderse y explicarse en función del estilo cultural de la sociedad en la cual ocurre. Toda conducta es aprendida y se desarrolla en un contexto social. La conducta de una persona está subordinada a las reacciones que provoca en la gente con la cual interactúa, dentro del marco de expectativas que le señala el rol social que representa en una sociedad y una época determinada.

Estas proposiciones son suficientes para poner en relieve la influencia manifiesta y decisiva de la sociedad, tanto en la orientación como

en el troquelado de la conducta. Queda además en claro que la conducta humana sólo tiene sentido en el contexto social en que acaece, y que ninguna explicación de ella es completa a menos que se la incluya en las relaciones constantes con los fenómenos que se dan en el sistema social.

* * *

La sociología, como todas las ciencias fácticas, comenzó a organizar los conceptos y los conocimientos en el momento en que empezó a servirse del método científico en sus investigaciones. En una primera aproximación podría parecer que este paso no revistió mayores dificultades. Sin embargo, al examinar la historia de la sociología se observa que los obstáculos que hubo de vencerse fueron no pocos y que transcurrió un tiempo relativamente largo antes que se iniciará el conocimiento objetivo y metódico de los fenómenos sociales. Porque una cosa es el método científico y otra, saber adaptarlo de modo que obligue a los hechos a entregar las respuestas que les formula el investigador. Y si bien es cierto que las etapas que recorre el razonamiento a partir de los hechos, en su intento de descubrir las relaciones constantes, sean éstas causales o de dependencias, es semejante para todas las ciencias, no lo es menos que los procedimientos útiles y convenientes para encarar los hechos varían de una ciencia a otra. La especificidad de los fenómenos, objeto del estudio de cada disciplina, requiere el empleo de medios y de técnicas apropiadas para descubrir aquello que se pretende encontrar. Conviene recordar que la adaptación del método no se reduce a algo tan sencillo como recopilar datos, medir hechos, comparar resultados y desprender conclusiones. Exige la presencia de perspectivas teóricas, mejor, de teorías capaces de orientar la búsqueda, particularmente si se trata de derivar hipótesis, y predecir hechos o explicar leyes.

En su primera etapa, la sociología orienta sus investigaciones tomando como modelo a las ciencias naturales, particularmente a la biología. Sin que pueda afirmarse que formula una acabada teoría de corte biológico, debe estimarse a A. Comte (1798-1857) —a él se debe el término sociología— un precursor de los organicistas. Estos pensadores consideran que la sociedad es un organismo. Comte sostuvo que el propósito de la sociología es llegar a descubrir las leyes que rigen a la sociedad. Para tal propósito debe usar los métodos empleados por las ciencias naturales, los que se pueden resumir en observar, experimentar y comparar.

E. Durkheim (1858-1917), a quien justicieramente se puede estimar como el iniciador de la sociología científica, la concibe más bien como un

método de investigación de los fenómenos sociales. Se preocupa de que llegue a conocimientos cuya validez objetiva esté suficiente y efectivamente garantizada.

Entre fines del siglo pasado y comienzos del presente se publican los trabajos de Booth y de Rowntree acerca de las causas de la miseria en Londres y York. Al recoger gran cantidad de información de muchas personas en unidades sociales específicas y emplear la medición, aportan antecedentes novedosos para la adaptación del método científico en la investigación social.

Poco a poco, más bien lentamente, se abrió paso la idea de que la sociología es una ciencia y que, como tal, debe emplear los procedimientos científicos. El impulso decisivo para que esta idea se consolidase debe buscarse en el creciente desarrollo de los estudios sociológicos en Estados Unidos de Norteamérica en el período comprendido entre fines de la primera guerra mundial y la gran depresión económica que comienza en el año 1929. Hacer ciencia se convierte en la preocupación fundamental de los sociólogos. Abundan los trabajos empíricos lo que despierta el interés por conocer los problemas de la metodología. Como consecuencia se produce un perfeccionamiento progresivo de los métodos y de las técnicas de investigación.

La profundización en el campo de la metodología y el constante desarrollo de las técnicas de investigación social trajeron como reacción en forma paralela una creciente atención por la teoría. No obstante, hasta hoy no se ha concretado ninguna. No se puede desconocer, empero, que han aparecido varias corrientes de tipo teórico. La que ha tenido probablemente una mayor influencia es la conocida como funcionalismo y que, al decir del sociólogo Ralf Dahrendorf, es una metodología.

Para los funcionalistas la sociedad debe concebirse como un todo dentro del cual se van integrando las diversas instituciones, sean familiares, económicas, militares, religiosas u otras. Cada una cumple una función dentro del sistema social. Son funciones que satisfacen las necesidades colectivas para las cuales las instituciones fueron creadas. Sin embargo, puede suceder que en una acción casi subrepticia satisfagan necesidades no programadas y que por lo general no se perciben o conocen.

A pesar de éste y de otros intentos serios, la teoría en sociología no existe. Sigue siendo una necesidad intensamente sentida por los sociólogos, lo que no ha impedido el avance del conocimiento sociológico. Gracias a una serie de artificios los sociólogos se las han ingeniado para elaborar presupuestos teóricos que enfocan sectores restringidos de la realidad social. Estos marcos teóricos han sido suficientes para investigar dichos sectores y alcanzar los conocimientos que hoy ofrece la sociología.

El interés de los sociólogos por la metodología, más que centrarse en los métodos generales, vale decir, los que utilizan en todas las ciencias, se concentró en los procedimientos que pudieran ser apropiados para la investigación social y en idear y desarrollar las técnicas de las cuales éstas se sirven en su indagación.

En su perfil esquemático y simplificado la investigación científica puede reducirse a un proceso que recorre tres etapas, cuyo orden puede experimentar algunas variaciones. Suele comenzar con la observación o la percepción de hechos, los que de alguna manera le plantean un problema al investigador. Puede ser algo que no se ajusta dentro del todo o puede ser un fenómeno que no corresponde a la ordenación acostumbrada. La desazón que este desajuste le provoca, le lleva a idear alguna solución. Se trata de una explicación provisoria, pero que en ningún caso es conclusiva. Se formula en un enunciado que recibe el nombre de hipótesis. En la última etapa, la hipótesis es sometida al control de los hechos, corrientemente por observaciones en condiciones experimentales.

La adaptación de este esquema para proceder a la investigación de la realidad social hizo necesaria la creación de procedimientos que sirviesen para recoger y registrar los datos en forma tal que pudiesen ser analizados de manera que posibilitasen la inducción de conocimientos objetivos. Los procedimientos se elaboraron y se organizaron en formas que han llegado a constituir las técnicas metodológicas a las que, a veces, se denominan diseños de investigación. Las más conocidas son el survey y el estudio de casos. Proporcionan un plan y un programa para realizar aquellas actividades y operaciones lógicas que permitan tomar decisiones y canalizar el trabajo, definiendo las técnicas que se han de emplear.

Los dispositivos o técnicas usuales para la recolección de los datos son la observación, la entrevista y la encuesta. La preferencia por uno u otro depende de diversos factores que el investigador ha de sopesar cuidadosamente. Hay oportunidades en las cuales el sociólogo sólo tiene acceso directo a la información requerida acudiendo a la observación directa. Son casos en que se pretende llegar a comprender las motivaciones de los comportamientos. Tal situación se da respecto de los pacientes de los hospitales para enfermos mentales, los reclusos en las cárceles o de los alcohólicos erráticos. Mediante la observación de sus actitudes, formas de expresarse, reacciones o gestos, capta la conducta en el momento en que se está produciendo, más un conjunto de múltiples hechos asociados que le llevan a configurar el escenario en que acontece la vida real. La visión global alcanzada le permite adentrarse, penetrar en la posición que asumen como forma de vida, y, desde ella, interpretar

los puntos de vista y el porqué de las conductas de las personas observadas.

Numerosos investigadores ven en la entrevista el procedimiento sociológico por excelencia. No obstante ser utilizada también por psicólogos y otros estudiosos de las ciencias sociales, representa para el sociólogo la técnica que le asegura el acceso más confiable a los datos sobre la base de un control metódico. Es un intercambio oral entre dos personas. Una, el investigador, por medio de preguntas va en busca de opiniones, convicciones, aspiraciones, etc., de su interlocutor. Se trata, por consiguiente, de un intercambio verbal entre investigador y entrevistado en que aquél trata de obtener el máximo de información respecto al tema o problema que le interesa. Se aconseja especialmente para recoger datos sobre hechos de los cuales no hay ni registros, ni estadísticas. Por ejemplo, se deberá recurrir a la entrevista para conocer cuál es el número de hijos que las familias estiman ideal. También se recomienda su uso para sondear opiniones sobre tópicos tales como la pobreza, las relaciones premaritales o para descubrir los factores que influyen en la elección de una carrera o profesión.

Pero la técnica de la cual más se sirven los sociólogos es la encuesta. Su similitud con la entrevista no puede desconocerse. La diferencia estriba en la forma de formular las preguntas y de dar las respuestas. La entrevista se caracteriza por ser un diálogo oral entre dos personas. En las encuestas las preguntas se presentan en un documento, pliego o cédula y deben ser contestadas por escrito por la persona encuestada. Las encuestas cubren asuntos o problemas de la más diversa índole, tales como el estudio de las opiniones de los padres de familia con respecto a la violencia y el sexo en los programas de televisión y de la población frente a los programas de salud. Son útiles también para obtener los datos necesarios para la medición de variables, por ejemplo, la percepción que los sujetos tienen de la cohesión de su grupo, el grado de prejuicios sexuales, las aspiraciones de cambio en el empleo, etc.

Después de esta mirada panorámica al ser y al hacer de la sociología parece pertinente intentar una respuesta a una pregunta que suele escucharse con alguna frecuencia: ¿para qué sirve la sociología? Esta interrogante, a pesar que su formulación implica una intención práctica, expresa también una inquietud teórica. Desde este punto de vista hay que decir que la sociología le ofrece al hombre una explicación objetiva de la realidad social. El conjunto de proposiciones y de símbolos elaborado a partir de los fenómenos es un sistema intelectual, una construcción conceptual del mundo de lo social. Mediante dicho sistema el sociólogo está en condiciones de referirse a los fenómenos, clasificarlos, interpretarlos y aun predecirlos. Tal vez sea conveniente agregar todavía que la

sociología, en la medida en que ha ido avanzando, ha ido profundizando su análisis, lo que le ha significado limitar sus investigaciones a sectores más restringidos de la realidad social. Esta reducción —no debe interpretarse como una separación desligada de los conocimientos generales— ha dado origen a una serie de sociologías especiales como lo son, entre otras, la sociología de la educación, la sociología del conocimiento, la sociología del arte, la sociología de la familia y la sociología de la salud. Con sus aportes han ayudado a un mejor conocimiento de los fenómenos y han contribuido a ir completando el sistema conceptual mediante el cual el sociólogo intenta la explicación del mundo que llama social.

Si importante y fundamental es el conocimiento como explicación, importante es también su posibilidad de aplicarlo de manera que contribuya a ofrecer solución a los problemas y a satisfacer las necesidades del hombre. Esta aplicación, impropia y ajena a los objetivos de la ciencia, responde a una exigencia utilitaria e interesada que se gesta en la dimensión práctica del ser humano. Pero en el instante en que la ciencia se compromete con esta finalidad práctica, cambia su sentido y su naturaleza al orientar el hacer hacia el logro de propósitos que la hacen perder su autenticidad. Y aun cuando pueda parecer que representa una extensión de su actividad, lo cierto es que deja de ser ciencia pura.

También la sociología, en forma creciente, se ha visto obligada a prestar su concurso para la solución de problemas que surgen en el hacer colectivo. Se pide la ayuda del sociólogo para que efectúe investigaciones de mercado (marketing) con el propósito de introducir algún producto, o para estudiar las causas del alcoholismo con el fin de lanzar una campaña de prevención. Evidentemente son estudios basados en los conocimientos de la sociología, mas su finalidad práctica no puede ponerse en discusión. Su concurso se requiere en todas las ocasiones en que se presentan situaciones coyunturales que involucran a grupos o personas, sea para investigar las causas de un conflicto, sea para tomar decisiones sobre planes de acción, sea para evaluar programas sociales. Sin embargo, no se cierra aquí el campo de las investigaciones prácticas en las que debe intervenir el sociólogo. El constante surgir de problemas derivados de la conjunción de factores que emanan de la realidad histórica en que una sociedad vive precisan de su asistencia. Así, en Chile, le corresponderá evaluar los nuevos programas de educación y sus resultados, estudiar las condiciones sociales de los sectores de extrema pobreza, o analizar el impacto del consumismo en los estratos más bajos. No menos necesaria y útil será la ayuda que pueda prestar a las municipalidades para que éstas puedan cumplir con las nuevas tareas que les han sido asignadas.

La breve incursión realizada en el mundo de la sociología ha permitido observar y comprender tanto las tareas que preocupan al sociólogo, como el estado actual de la ciencia que estudia a la sociedad y sus productos específicos.

La actividad del sociólogo se realiza en dos planos, el teórico y el práctico. Desde el punto de vista teórico, su trabajo se bifurca en dos caminos opuestos, pero cuya complementación significa el avance de la ciencia. Uno, le conduce a descubrir los elementos cada vez más simples, los que van constituyendo el material primario de su ciencia. Por el otro, intenta encontrar las regularidades que se dan entre dichos elementos.

En el plano práctico el sociólogo tiene un papel fundamental en la solución de los problemas que afectan a la vida colectiva. Mediante la base que le presta el conocimiento de su ciencia, su tarea consiste en establecer las dimensiones reales de los factores o variables sociales que determinan sea el desarrollo y los cambios sociales, sea los problemas de la sociedad o de la vida colectiva, de manera que sus conclusiones puedan servir de guía para la toma de decisiones acertadas por quienes tienen la misión de dirigir y orientar la sociedad.

Cualquier intento de juzgar el estado actual de la sociología, ciencia nueva en el devenir cultural, no debe olvidar o desconocer los contratiempos a que ha estado sujeta, especialmente por las interpretaciones erradas que se han hecho de su hacer. En un desarrollo continuado no exento de vacilaciones, escollos e imprecisiones ha logrado ir configurando un conjunto de conocimientos que explican aspectos del acontecer social y de los fenómenos que surgen de las relaciones e interacciones entre los hombres. Sin embargo, aún no le ha sido posible llegar a establecer una división lógica de las materias de manera que se integren y relacionen entre sí. No existe la sistematización que incluya los distintos conocimientos en un todo organizado. Falta todavía la teoría general capaz de imprimir una dirección y una complementación a los distintos temas de modo que constituyan un conjunto de proposiciones ordenadas y coordinadas. Tampoco ha conseguido hasta hoy enunciar los postulados, principios e hipótesis generales a partir de los cuales sea posible deducir las leyes alcanzadas y sugerir hipótesis particulares que expliquen las regularidades que puedan aparecer en la realidad social.

ABSTRACT

The author discusses the appearance of sociology as a science dealing with the relations between the members of human groups. Its analyses of conduct in different kinds of societies is emphasized in close relationship with

their culture, which is largely a product of social activity. The author includes observations on socialization, the role, interaction, and social strata, as well as the problem of deviate behaviour, together with final reflexions on the theory and methodology of sociology, as well as on the importance of the professional efforts of the sociologist to solve problems of collective life.

BIBLIOGRAFÍA

- BARBER, Bernard, *Social Stratification*. Harcourt, Brace and Company, New York, 1957.
- BECKER, Howar, *The Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. Free Press, New York, 1966.
- DOBY, John, *An Introduction to Social Research*. The Stackpole Company, Harrisburg, Pennsylvania, 1954.
- GOODE, William and HATT, Paul, *Method in Social Research*. McGraw-Hill Book Company, Inc., New York, 1952.
- HORTON, Paul & HUNT, Chester, *Sociología*. McGraw-Hill Latinoamericana S.A., Bogotá, 1977.
- INKELES, Alex, *¿Qué es la Sociología?* Manuales UTEHA, México, 1972.
- JOHNSON, Harry, *Sociología: Una Introducción Sistemática*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
- KITTRIE, Nicholas, *The Right to be Different: Deviance and Enforced Therapy*. Penguin Books, New York, 1973.
- KÖNIG, René, *Praktische Sozialforschung*. Verlag für Politik und Wirtschaft, Köln, 1957.
- MERTON, Robert, *Teoría y Estructura Sociales*. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- MOORE, Wilbert, *Cambio Social*. Manuales UTEHA, México, 1966.
- OPP, Karl-Dieter, *Methodologie der Sozialwissenschaften: Einführung in Probleme ihrer Theorienbildung*. Rowohlt, München, 1973.
- REX, John, *Problemas Fundamentales de la Teoría Sociológica*. Amorrortu, Buenos Aires, 1971.
- SEGER, Imogen, *Knaurs Buch der Modernen Soziologie*. Droemer Knaur, München, Zürich, 1976.
- STEWART, Elbert, *Sociology: The Human Science*. McGraw-Hill Book Company, New York, 1981.
- ZIEGENFUSS, Werner, *Handbuch der Soziologie*. Ferdinand Enke Verlag, Stuttgart, 1956.